



*Don Alonso de
Ercilla y Currujén*

A CUATROCIENTOS AÑOS
DE LA PUBLICACION DE
LA ARAUCANA»

España conquistó la América en el período de su mayor fuerza y cuando demostraba al mundo un alto grado de civilización. Soldados y aventureros sedientos de gloria y de riqueza, los más de ellos analfabetos, armados de voluntad y coraje, como dignos representantes de una nación fuerte y resuelta a ser grande, realizaron la portentosa obra de conquistar un mundo inexplorado y salvaje.

Por
Rodrigo FUENZALIDA Bado
Capitán de Navío (R.)
Armada de Chile

Aun cuando la característica general de los españoles que arribaron a América Latina no era en general de condiciones intelectuales, pues vinieron en son de guerra y trabajo, ni pretendían inculcar en las tierras remotas una prolongación de su cultura, sino sólo el afán de obtener riquezas de un mundo ignorado, vinieron también, con propósitos de aventuras, algunos talentos literarios, ignorados y confundidos en la turba de rapaces aventureros.

Así llegaron a Chile, en los primeros grupos de conquistadores, capitanes, monjes o simples comparsas, que, deslumbrados por la naturaleza virgen de estas tierras, por su impresionante impacto a los sentidos, por las hazañas que ellos mismos tenían que desarrollar y por el indómito valor y coraje de los indios aborígenes, no pudieron dejar de escribir relatos históricos, ya fuere en prosa o versos rebozantes de lirismo.

Entre ellos, hubo uno, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, que escribió la guerra de Arauco en versos, dejando, sin saberlo o sin proponérselo, a la literatura clásica española uno de sus más hermosos y viriles poemas épicos: "La Araucana", digna historia poética de una epopeya admirable.



El insigne poeta nació en Madrid el 7 de agosto de 1533. Sus padres fueron don Fortún García de Ercilla y doña Leonor de Zúñiga y Zamudio. El primero, natural de la villa de Bermeo, cabeza de Vizcaya, jurisconsulto de nota y miembro del Consejo Real y Regente del Consejo de Navarra; la segunda, nacida en Nájera y poseía el señorío de la villa de Bobadilla, en la región cantábrica. Don Fortún murió un año después de nacer don Alonso. Su viuda, perdido su señorío, que se reincorporó a la Corona, quedó en delicada situación económica y debió desarrollar ingente labor para atender la educación y subsistencia de sus seis hijos.

Alonso era el menor y fue el único de los varones que permaneció junto a doña Leonor. El hermano mayor falleció pronto y el segundo se incorporó a la carrera sacerdotal. Gracias a la ayuda de

sus familiares, doña Leonor ingresó a la Corte de Carlos V como guardacamara de la infanta doña María, esposa que fue de Maximiliano, rey de Hungría y Bohemia y futuro Emperador, al mismo tiempo que obtenía para su hijo menor un puesto de paje del príncipe don Felipe, de quien siempre recibió esmerado y cariñoso trato, que el poeta habría de recordar agradecido dedicándole su inmortal obra literaria.

Como paje del príncipe heredero a la Corona de España, don Alonso recibió una esmerada educación, que completó la ya emprendida por su madre.

En su vida cortesana, el poeta profundizó sus estudios de latín, iniciados con doña Leonor y proseguidos junto al maestro Cristóbal Calvete de la Estrella, del cual hace posteriormente recuerdos en "La Araucana" por su historia que escribiera en latín de Chile y Perú.

A los quince años, don Alonso acompañó al príncipe Felipe en su séquito a Flandes, donde a la sazón se encontraba el Emperador Carlos V. Se detuvo la comitiva en Barcelona, Génova, Milán, Mantua, Trento, Innsbruck, Munich, Heidelberg, Lutz, hasta la entrada a Bruselas, en abril de 1549, regresando a España dos años más tarde. Poco después acompañó a su madre, que junto con sus hijas iba en el séquito de Maximiliano y María cuando la real pareja viajó a Italia, Austria, Bohemia y Hungría.

En 1554, teniendo Ercilla 21 años, acompañó a Felipe como paje a Inglaterra, donde debía contraer matrimonio con la reina María Tudor. Estando en Londres, llegaron allá las noticias de un levantamiento de armas de Francisco Hernández Girón en el Perú y de la derrota y muerte del Gobernador de Chile, don Pedro de Valdivia, en la sangrienta acción de Tucapel.

Según el eminente historiador chileno don José Toribio Medina, el más profundo estudioso de la vida de don Alonso de Ercilla, así como don Francisco Antonio Encina, que seguramente recurrió al testimonio de Medina, se atribuye que don Alonso habría sufrido un hondo contraste amoroso que lo impulsó a alejarse de la Corte y pedir permiso para viajar al Nuevo Mundo, buscando distracción

en una aventura lejana, aprovechando la oportunidad de que España había nombrado como Virrey del Perú a don Andrés Hurtado de Mendoza y a Jerónimo de Alderete como Gobernador de Chile, en reemplazo del malogrado Pedro de Valdivia.

La opinión de Medina ha sido discutida, pues los fragmentos que figuran en "La Araucana" sobre el amor son muy vagos y más bien pertenecen a la tradición retórica de que los cancioneros de la época están plagados, sin que a cada poeta pueda suponersele fracasos amorosos. Tiene mayor asidero la explicación del propósito aventurero de Ercilla en su sed de viajes y la búsqueda de nuevas experiencias, como se desprende del canto XXXVI:

"Yo, que fui siempre amigo e inclinado a inquirir y saber lo no sabido (...)"

lo que cuadra mejor con su juventud, el espejismo de las regiones remotas, la atracción de las aventuras en un mundo nuevo y la apetencia de glorias militares, sentimiento predominante en la época en que vivía.

Así, Ercilla partió de Londres a España y, obtenido el permiso correspondiente en Valladolid, se embarcaba en Sanlúcar de Barrameda el 15 de octubre de 1555 en las naves de don Andrés Hurtado de Mendoza. Iban con él, además del Virrey del Perú y Jerónimo de Alderete, el hijo mayor de don Andrés, el joven don García Hurtado de Mendoza, su hermano bastardo don Felipe, dieciséis damas, un cortejo de criados, gran número de eclesiásticos y abundante tropa.

La navegación no fue feliz. Los buques experimentaron varios accidentes y vicisitudes antes de llegar a Nombre de Dios, de donde había que seguir por tierra hasta Panamá. El buque en que venía Alderete se incendió no muy lejos de Puerto Bello (1556) por causa de una imprudencia de su cuñada doña María de la Rueda, que quemó accidentalmente su camarote con una vela, cuyo fuego se propagó por toda la nave, produciendo la explosión de la santabárbara, salvándose sólo el Gobernador, el capitán del barco y dos personas. Alderete, llorando las desgracias que causó

su cuñada, enfermó gravemente y no terminó su pesadumbre sino con la muerte, que le sobrevino en la isla de Tobago.

El virrey, Marqués de Cañete, llegó a Lima, donde don Alonso de Ercilla permaneció a su vera en palacio. Allí se organizó la expedición que debería venir a Chile con el nuevo Gobernador, esta vez el hijo del Virrey, don García Hurtado de Mendoza, expedición a la que se sumó nuestro poeta con singular entusiasmo. El 2 de febrero de 1557 salía don García de El Callao con cuatro naves, un gran número de caballeros y más de seiscientos soldados de infantería y caballería, llegando al fuerte de Coquimbo el 25 de abril de 1557, donde fueron acogidos cariñosamente por don Francisco de Aguirre, hospedaje que don García pagó con la prisión de su anfitrión.

El 21 de junio de ese año, la flota de García Hurtado de Mendoza zarpaba hacia el sur. El novel Gobernador no quiso visitar Santiago y se dirigió directamente a Penco. Iba en la nave capitana, con plaza de Capitán, don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Cerca de la destruida ciudad de Concepción se levantó un fuerte, el cual fue prontamente asaltado por los indios, con los cuales se libró un reñido combate hasta rechazarlos. Aquí comienzan las verdaderas aventuras bélicas, en que don Alonso se desempeñó con singular valentía. En el canto XX de "La Araucana" relata su noche de guardia en que tuvo el encuentro con Tegalda, la que buscaba ansiosamente el cuerpo de su marido Crepino, y le relató su desventura:

"Ayer me vi contenta de mi suerte,
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber a mal tan fuerte?
¿qué recompensa puede darme el cielo,
adonde ya ningún remedio vale
ni hay bien que con grande mal se iguale?"

"Este es, pues, el proceso, ésta es la historia
y el fin tan cierto de la dulce vida:
he aquí mi libertad y breve gloria
en eterna amargura convertida.
Y pues que por tu causa la memoria
mi llaga ha renovado enardecida,
en recompensa del dolor te pido
me dejes enterrar a mi marido;"

Llegados los refuerzos españoles desde Santiago, de La Imperial y Valdivia, las huestes peninsulares se pusieron en marcha hacia el sur cruzando el Bío-Bío. Al llegar al valle de Millarapué recibieron por un emisario indio el desafío de Caupolicán y luego el encuentro con éste, los que Ercilla describe en su obra (cantos XXV y XXVI):

“¡Oh capitán cristiano!, si ambicioso eres de honor con título adquirido, al oportuno tiempo venturoso, tu próspera fortuna te ha traído: que el Gran Caupolicano, deseoso de probar tu valor encarecido, si tal virtud y esfuerzo en ti se halla, pide de solo a solo la batalla;

“que siendo de personas informado que eres mancebo noble, floreciente, en la arte militar ejercitado, capitán y cabeza desta gente, dándote por ventaja de su grado la elección de las armas, francamente, sin excepción de condición alguna, quiere probar tu fuerza y su fortuna”.

“El bravo general Caupolicano, rota la pica, la gran maza afierra, y a la derecha y a la izquierda mano hiere, destroza, mata y echa a tierra: hallándose muy junto a Berzocano, los dientes y furioso puño cierra descargándole encima tal puñada, que le abolló en los cascos la celada”.

Terminados estos encuentros de gran ferocidad por ambas partes, las fuerzas hispanas se establecieron en Tucapel. Correspondió al bardo participar en muchas acciones militares y expediciones, donde se distinguió como gran soldado. En enero de 1558 le cupo estar presente en la fundación de Cañete, de donde salió a La Imperial.

Luego acompañó a García en su expedición al sur y estuvo en el campamento erigido a las orillas del lago Villarrica.

Después de innumerables penalidades, los expedicionarios, avanzando por terrenos ásperos y de frondosa vegetación, orillaron el Llanquihue y llegaron hasta el canal de Chacao. Cerca de Carelmapu, Ercilla y otros compañeros prepararon una piragua, atravesaron el canal y llegaron a la isla grande de Chiloé. Aquí Ercilla escribe con un cuchillo en la corteza de un árbol:

“Aquí llegó, donde otro no ha llegado don Alonso de Ercilla, que el primero en un pequeño barco deslastrado, con sólo diez pasó el desaguadero el año de cincuenta y ocho entrado sobre mil y quinientos, por febrero, a las dos de la tarde, el postrer día, volviendo a la dejada compañía”.

En marzo de 1558 la expedición regresó, fundó Osorno y, pasando por Valdivia, fue a establecerse en La Imperial a pasar el invierno. Desde allí, Ercilla escribió a Felipe II, carta en la que lo congratulaba por su subida al trono y le refería lo pasado en estas tierras.

La permanencia en La Imperial casi costó la vida al insigne poeta, pero en definitiva le valió su destierro del Reino.

Se celebraba una fiesta caballeresca, muy frecuente en los periodos de tregua militar. Don García Hurtado de Mendoza ordenó que se hiciera un juego de sortijas, el que consistía en que un jinete a todo galope debía ensartar con su lanza alguna de las argollas de hierro de una pulgada de diámetro colgadas de una barra. Don Alonso adquirió en trescientos pesos de oro una cabalgadura para presentarse al torneo. Salió don García, enmascarado, por la puerta falsa, acompañado de don Alonso de Ercilla y don Pedro Olmos de Aguilera, quienes tomarían parte en los juegos. Pero sorpresivamente metió entre ambos su caballo don Juan de Pineda y se produjo un serio entredicho entre este último y don Alonso, en que recurrieron ambos a sus espadas, acometiéndose. Don García consideró tal acto una ofensa y una falta de respeto a su dignidad de Gobernador y, enarbolando una maza que llevaba en el arzón, derribó a Ercilla de dos furibundos golpes, dispuso la prisión de todos y los condenó a muerte, pena que debería cumplirse al día siguiente, en que serían degollados. Afortunadamente la intervención de una joven dama que mantenía relaciones con don García, libró de la muerte a los condenados, pero nuestro joven poeta estuvo preso por casi tres meses, después de los cuales fue desterrado al Perú, bajo la custodia del Virrey.

Don Alonso de Ercilla salió desde Concepción hacia el Perú a fines de 1558. Después de una permanencia en el vi-

reinato, regresó a España, adonde llegó en 1563.

Felipe II lo recibió amablemente y lo llevó consigo a Aragón, autorizándolo para que siguiera a Austria, a la corte de Maximiliano y María.

Poco después don Alonso celebró matrimonio con una viuda rica, doña María de Bazán, dama de la reina Isabel (tercera mujer de Felipe II), siendo su padrino de bodas el archiduque Rodolfo, futuro Emperador. En 1571 el rey de España lo nombraba Caballero de la Orden de Santiago y en 1574 el bardo volvía a salir de España para ir a Italia, donde se entrevistó con el Papa Gregorio XIII; a Alemania, a Bohemia, donde asistió a la coronación del rey Rodolfo, y luego nuevamente a Italia, desde donde regresó a su patria.



La publicación de "La Araucana" se hizo en tres partes, saliendo a la luz pública la primera en 1569, la que tuvo una calurosa acogida del elemento lector ilustrado. La segunda parte fue publicada en 1578 y la tercera y última en 1589, con el mismo éxito de las anteriores.

En el intervalo entre las publicaciones de cada una de las partes de su obra, don Alonso hizo numerosos viajes, quedándose definitivamente en España en 1586, impulsando la terminación de su poema.

A los sesenta y un años de edad, falleció cristianamente en Madrid el 29 de noviembre de 1594, siendo sepultado en esa ciudad capital. Un año después sus restos fueron llevados al convento de San José que las Carmelitas Descalzas poseen en la villa de Ocaña. Entre 1869 y 1877, trescientos años más tarde, sus restos volvieron a Madrid, a su tumba primitiva. Durante la guerra civil española, de trágica memoria, la sepultura fue profanada. Terminado el cruento conflicto interno, las cenizas de nuestro ilustre personaje reposan hoy día en el mismo convento de San José, en un humilde rincón, al lado de su mujer, con una leyenda modesta, sólo pintada, que dice: "Sepultura de los fundadores de este convento".

Indudablemente merece un mayor homenaje póstumo por sus relevantes cualidades personales y un recuerdo de su obra impercedera.



Ercilla fue el prototipo del caballero español de la Epoca de Oro. Siempre generoso, leal, valiente y sufrido y con ansias de gloria y afán permanente de servir bien a su soberano. Arriesgó su vida en desiguales combates con los indios y entregó su juventud a la azarosa vida aventurera. Comprendía profundamente a los hombres de su época y conoció exactamente las enormes dificultades de España en la conquista del Reino de Chile, por lo que su obra literaria puede considerarse como la más valiosa de la épica española.

Ella la empezó Ercilla en el mismo lugar de los sucesos.

En el prólogo de "La Araucana", el poeta dice: "...le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunas tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos...".

Posteriormente, la continuó lejos del campo de acción donde tuvo tan preeminente actitud.

Su obra adquirió un inusitado prestigio por el desconocimiento en Europa de lo que ocurría en América. La extraordinaria resistencia de los araucanos había causado estupor, pues era inconcebible que un pueblo salvaje y sin armas apropiadas, hubiera sido capaz de enfrentarse al aguerrido y bien armado soldado español, considerado como el mejor del mundo.

Ercilla tenía el extraordinario mérito de haber sido espectador de los hechos y participante activo en esta guerra singular. Desde entonces Europa conoció a Chile y a su gente y comprendió que en el Nuevo Mundo se alzaba una raza indomable que sabía luchar por su patrimonio. Bien lo dice:

"Chile, fértil provincia y señalada
en la región Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida"

"La Araucana" está escrita en octavas reales, estrofas de origen italiano, incorporadas a la literatura española por Juan Boscán y muy usada por Petrarca, Boccaccio y Tasso. Era el sistema de expresión poética imperante en el período renacentista y el autor estaba contagiado de él.

Se nota en la obra un amplio sentido histórico y aún muchos detalles han sido confirmados por historiadores modernos. Quien estudia la Historia de Chile del eminente don Claudio Gay, encuentra que los relatos de Ercilla no se apartan de lo que realmente ocurrió. El poeta escribió sin pasión lo que él mismo presencié y averiguó los restantes sucesos con una depurada ponderación. En el Canto XII se expresa:

"Hasta aquí lo que en suma he referido
yo no estuve, señor, presente a ello,
y así, de sospechoso, no he querido
de parciales intérpretes sabello;
de ambas las mismas partes lo he aprendido
y pongo justamente todo aquello
en que todos concuerdan y concuerden,
y en lo que en general menos difieren".

El poema tiene como peculiaridad el realismo; lo fantástico ha sido relegado a la necesidad de narrar hechos ajenos a la gesta de Arauco. Sobre esto mismo podemos remitirnos a lo afirmado por Mons. Crescente Errázuriz, investigador profundo: "Si (Ercilla) afirma algo como testigo, una fecha, un hecho no relacionado con lo que su imaginación de poeta presta a supuestos o verdaderos héroes —cosa facilísima de distinguir— puede recoger la historia sus aseveraciones con entera confianza". ("Don García Hurtado de Mendoza", Santiago de Chile, 1914. VIII).

La particularidad del poema ercillano, que ha sido criticada muchas veces, es que, siendo épico, no tiene un personaje central. Ninguno de los numerosísimos personajes de la obra tiene las propor-

ciones de un Aquiles, un Ulises, un Rolán o un Cid Campeador. Ercilla se desentendió de las normas clásicas de un poema épico, que orientara las obras al enaltecimiento de un determinado personaje, sino que se ciñó a la realidad ocular. Si quería ser fiel a la historia no podía desentenderse de lo que realmente ocurría en Arauco. Allí había un enfrentamiento de masas, con ciertos personajes destacados en ambos bandos. Su protagonista principal fue el pueblo, tanto el español como el araucano, a los que da iguales capacidades combativas y eso le da grandeza a su obra.

La capacidad narrativa del autor es sobresaliente aun cuando a veces se nota cierta monotonía, producto del estilo de versificación y la extensión del poema; pero cuando relata acciones militares de feroz encontramiento, Ercilla es genial. Parece como si se respirara el polvo levantado por los combatientes y se sintiera el olor de los cuerpos sudorosos, los gritos aterradores de la indiada, el duro golpear de las lanzas y picas, el piafar de los caballos y el tronito estruendo de las armas de fuego.

El realce que el poeta da al pueblo araucano es insuperable, y le da, a veces, una mítica dimensión... Idealiza a los aborígenes como belicosos, astutos, valientes a toda prueba, infatigables y celosos de su fama y de su honra, como nadie lo ha hecho tratándose de adversarios incivilizados. Lautaro es destacado por su inteligencia y astucia y eclipsa a Caupolicán. Realza el valor de Galvarino y Tucapel, señala la prudencia de Colo Colo y enaltece las virtudes guerreras de Rengo, Orompello y Elicura; destaca asimismo en elegante colorido el participar femenino en la obra. Las historias penosas de Tegalda y Glaura, la fiera de Fresia y el amor de Guacolda por Lautaro. ¡Qué lástima que la sin par Janequeo, la Juana de Arco araucana, hubiera surgido en época posterior a los cantos del poeta, pues su mención y gloria le habría dado aún mayor brillo a sus versos!

Para citar solamente el carácter del araucano, valgámonos de lo que dice Ercilla en el Canto XXVI sobre el suplicio de Galvarino:

"Era, pues, Galvarino éste que cuento, de quien el canto atrás os dio noticia, que para ejemplo y público escarmiento le cortaron las manos por justicia: el cual con el usado atrevimiento, mostrando la encubierta inimizia, sin respeto ni miedo de la muerte habló, mirando a todos, desta suerte:

"¡Oh gentes fementidas, detestables, indignas de la gloria deste día! Hartad vuestras gargantas insaciables en esta aborrecida sangre mía: que aunque los fieros hados variables, trastornen la araucana monarquía, muertos podremos ser, mas no vencidos, ni los ánimos libres oprimidos".

A los españoles los alababa por igual, destacándoles su lealtad, pujanza, osadía y honor, aunque no trepida en tratar de codiciosos y crueles a los grandes capitanes. A García Hurtado de Mendoza le reconoce sus méritos, aun cuando podría haberlo mirado con rencor. Sin embargo, no lo hace, habiendo tenido motivos para ello.

Es ecuánime en el juzgar y no sublimiza a los jefes hispanos. El mismo García Hurtado de Mendoza y su hermano

natural, don Felipe, alabaron el poema y le reconocen fidelidad histórica.



Como un justo homenaje a tan preclara personalidad de universal renombre, hemos querido, a los cuatrocientos años de la publicación de la primera parte de "La Araucana", señalar como un recuerdo imperecedero la figura señera de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el ilustre cantor de las glorias de Chile en el primer período conocido de su historia, destacando su ímproba labor por el inmenso bien que hizo al país al darlo a conocer al mundo entero a través de su inmortal epopeya.

La Marina de Chile, nunca ajena al enaltecimiento de los personajes resalantes que lucharon por su patria o le dieron significado en el concierto universal, ha conservado para la historia los nombres de algunos de los más connotados aborígenes en sus unidades menores, los que fueron dados a luz por primera vez gracias a la extraordinaria pluma de este hidalgo que luchó, observó y narró con singular maestría tan brillante gesta guerrera.

Blanco de Combate al Garete

En una ocasión, el crucero "Chacabuco" fue comisionado para efectuar sus pruebas anuales de artillería sobre un blanco fondeado en la bahía de Quintero. Se mandó fondear el blanco en un sitio apropiado, pero por falta de instrucciones precisas, el encargado de la maniobra dejó para el último el entaligado de los anclotes y el blanco se fue al garete. En esta eventualidad, el tiro hubo de postergarse, con el desaliento de todos, iniciándose el sumario de rigor.

Por coincidencia, al día siguiente se ordenó al "Chacabuco" recorrer la costa hacia el norte en auxilio de un remolcador de la Armada perdido en su viaje desde Coquimbo a Valparaíso. A la altura de Los Vilos, el serviola de guardia indicó un avistamiento desconocido. Al acercarse el barco se constató que era el blanco al garete. El "Chacabuco" se acercó al "desertor" y tras una breve maniobra quedó en cubierta y más tarde en su calzo. Se archivó, por consiguiente, el sumario y todo quedó en nada...

Sin duda, la suerte favoreció al Oficial Artillero, aunque éste ya había manifestado al Fiscal que, cumpliendo con el tradicional "resguardo mariner", tenía en el buque dos blancos iguales, en vez de uno, como indicaba el inventario...

El Fiscal perdió pues la oportunidad de caer con todo el peso de la justicia sobre el Oficial Artillero del "Chacabuco", quien además de precavido, era afortunado...